

## La educación para el futuro

Patricio Meller y Mario Waisbluth nos desafían a reflexionar sobre nuestro sistema educativo y los desafíos que enfrentamos para el FUTURO. Pero el FUTURO ya llegó, el FUTURO ES AHORA. Si bien ambos libros plantean la misma pregunta: ¿Cómo avanzar para preparar a nuestros niños y jóvenes para el futuro?, las respuestas que ofrecen se ubican en diferentes niveles. Mario aborda este desafío poniendo el énfasis en la macroestructura, más orientado a la política pública. Mientras que Patricio se concentra en lo que debiera suceder dentro del aula, es decir, en aquellas habilidades y conocimientos que nuestros jóvenes deben adquirir durante su etapa educativa. En este sentido, ambos textos se complementan.

Ambos libros parten con un diagnóstico de la situación actual. Tanto Patricio Meller como Mario Waisbluth ofrecen un diagnóstico educativo crítico usando como criterio de comparación pruebas estandarizadas internacionales. Ambos autores son críticos con el desempeño de nuestro país, acentuando las enormes diferencias que existen con los países con mejores resultados. Sin embargo, me parece que dicha comparación si bien es correcta, oculta el tremendo avance que ha tenido nuestro país en las últimas décadas, pasando a posicionarse en el primer lugar de América Latina y acortando a la mitad la brecha que nos separa con los países de la OCDE. El panorama que dibujan ambos autores es más negro que la realidad, me parece. La realidad de Chile es muy diferente a la de la mayoría de los países latinoamericanos, que o no han avanzado o incluso han retrocedido, con excepción de Perú y Colombia, que en los últimos años han avanzado y curiosamente somos nosotros su referente. Dicho esto, comparto con los autores que todavía nos queda mucho por recorrer y que al parecer en los últimos años, en especial desde 2012 no hemos visto mejoras.

Los dos libros se aproximan de forma diferente a la educación. Para Mario resulta fundamental comprender la historia de nuestro continente para entender el presente de nuestra educación y ofrece un breve análisis histórico de los siglos XV al XIX. Patricio en cambio se concentra en los cambios tecnológicos que han sucedido y los que están por venir, que son los que ponen en tensión el actual sistema educativo. Por primera vez estamos viviendo la vertiginosidad del tiempo, con cambios dramáticos en lapsos breves de tiempo que cada vez se aceleran más. Cuando el futuro se instala en el presente, entonces lo que está más allá del presente se vuelve absolutamente incierto y lo único que podemos hacer es prepararnos para esa incertidumbre que nos acecha.

El hecho de que ambos libros respondan de forma tan distinta la misma pregunta que los provoca, me parece que se debe al contexto desde el cual hablan. Mientras Patricio busca responder esta pregunta desde el contexto nacional, Mario lo intenta hacer desde el contexto latinoamericano. La heterogeneidad de este continente es una enorme dificultad para responder esta pregunta, de ahí que sea comprensible concentrarse en los aspectos estructurales. En este respecto, Mario propone 7 puntos en los cuales el continente latinoamericano debe concentrar su esfuerzo: 1. Cobertura y tasa de titulación, 2. Calidad integral de la educación, 3. Equidad en el acceso y en resultados, 4. Integración social al interior de los establecimientos educacionales, 5. Educación intercultural y bilingüe, 6. Atender a los niños con necesidades educativas especiales y 7. Equidad y eliminación de sesgos de género.

Para lograr estos 7 objetivos se debe partir antes. La educación formal es demasiado tarde, los niños a los 2 años de edad ya manifiestan diferencias cognitivas significativas marcadas por sus trayectorias de vida, estas diferencias crecen aún más a los 4 años que es la edad en que Chile ofrece acceso universal a la educación. El 80 por ciento del cerebro y las conexiones neuronales se desarrollan en los primeros 1.000 días de vida de un ser humano desde su gestación. Es en esta etapa crucial del desarrollo de sus sistema nervioso y cerebral donde la intervención del Estado puede tener un impacto mayor. En este sentido Mario propone intervenir antes, a través de un sistema de detección temprana y preventivo, que permita intervenir de forma oportuna y efectiva para proteger a los niños y asegurarles entornos saludables para su desarrollo integral. La premisa que subyace es que difícilmente lograremos los 7 objetivos definidos anteriormente, si no partimos por asegurar un crecimiento y desarrollo adecuado en los primeros años de vida. Luego, como segundo paso, atender a la educación parvularia, asegurando acceso universal y de calidad. Y por último atender a la calidad de la educación escolar y su segregación socioeconómica. Y finalmente, esto sólo es posible si se invierte lo suficiente.

No tengo dudas de que los 7 objetivos que establece Mario son fundamentales, tampoco tengo dudas de que debemos partir por priorizar la primera infancia. Pero la experiencia internacional nos dice que no se puede hacer todo bien al mismo tiempo, hay que priorizar. Y por eso sería interesante saber por cuál de estos 7 puntos debemos partir, pues es difícil mover al sistema en su conjunto de forma adecuada en cada uno de estos puntos. Debemos concentrar el esfuerzo del Estado en un gran objetivo, de lo contrario no lograremos avanzar en ninguno de los frentes. ¿Cuál de estos objetivos es el prioritario para Chile?

El libro de Patricio Meller nos sugiere que la calidad de la educación es el principal desafío de Chile y no puedo estar más de acuerdo con él. Pero ¿qué significa calidad? Imposible responder esta pregunta, si antes no nos preguntamos por el sentido de la educación. Curiosamente, Patricio aborda la calidad de la educación antes de responder la pregunta por el sentido. Su libro finaliza con una presentación descriptiva de las diferentes visiones que hay sobre la educación. Me parece que lo natural hubiera sido invertir el orden. Entre las distintas visiones, Arthur Foshay dice que “el rol de la educación es convertir a los niños en verdaderos seres humanos.” Ahora bien, ¿Qué entendemos por verdadero ser humano? No es trivial la respuesta. Desde la antigua Grecia que la educación se comprende en una doble función: por una parte, como el proceso integral de desarrollo individual y, por otra parte, como el proceso de formación de ciudadanos en una democracia. En la Grecia antigua la formación moral era fundamental, se trataba de transformar el alma de los niños y jóvenes en almas bellas y buenas. La educación católica también conserva en su esencia esta formación ética, incluso poniéndola por sobre del desarrollo intelectual.

Menciono todo esto porque a la hora de abordar los principales desafíos en educación Patricio se concentra en el desarrollo de las habilidades para el siglo XXI, con especial énfasis en dos de ellas: pensamiento crítico y creatividad. El cultivo del pensamiento crítico no es otra cosa que aprender a pensar. En su libro describe muy bien en qué consiste este y qué metodologías son las más adecuadas para su desarrollo. Parece lógico que la educación debiera tener entre sus tareas esenciales enseñar a pensar, sin embargo, el sistema educativo actual prácticamente no ofrece una experiencia del pensar, más bien se sigue concentrando en la memorización, en el cálculo, en el pensamiento mecánico, pero no enseña propiamente a pensar. Pensar no sólo implica en su nivel más básico comprender el asunto. Implica también ser capaz de distinguir las partes del asunto,

reconocer sus funciones y entender cómo se relacionan. Pero el pensar no acaba ahí donde acaba el asunto en cuestión. El pensar va más allá y busca comprender cómo los factores externos inciden en el asunto, busca comprender cómo el asunto se relaciona con otros asuntos en un universo más amplio, cómo variaciones del asunto afectan al universo y viceversa. Pero además, el pensar revisa su propio pensar y evalúa cuán robusto es el conocimiento que se tiene, cuáles son los supuestos que lo subyacen, que grado de certeza se tiene sobre ellos y cómo afectan la cadena completa de razonamientos. Eso es aprender a pensar.

Ahora bien, estando completamente de acuerdo con Patricio respecto de la importancia del pensamiento crítico y también de la creatividad, creo que no se puede concebir ambas cosas como si fuesen un contenido más del currículo, de ahí la dificultad de desarrollar ambas en nuestros estudiantes. El pensamiento crítico y la creatividad son una respuesta a una actitud, a la actitud crítica, inquisitiva.

Si no cultivamos en nuestros niños una actitud inquisitiva, entonces será muy difícil desarrollar en ellos el pensamiento crítico, pues la exigencia de rigor al pensar viene dada por la pregunta, por la actitud del cuestionador. El pensamiento crítico no es un mecanismo lógico que se puede aplicar como quien aplica las reglas de la aritmética, por el contrario, este está vivo y esa vitalidad está dada por la pregunta misma, por la propia curiosidad. No deseamos personas que puedan pensar mecánicamente, lo que en realidad buscamos son personas curiosas, con capacidad de asombro, llenos de preguntas, comprometidos con su entorno en busca de respuestas con rigor científico. Ya en el siglo IV a. C. Aristóteles dijo que el asombro es el origen del conocimiento, de ahí que no podamos separar el uno del otro. Y cuando uno ve cómo el pensar está íntimamente ligado con el preguntar, entonces es imposible no creer en el rol preponderante que tienen los estudiantes como protagonistas de su propio aprendizaje. Si no despertamos en nuestros estudiantes la curiosidad, no desarrollarán habilidades inquisitivas y pensamiento crítico.

Si entendemos la educación como el proceso de desarrollo del carácter de la persona, que es como lo conciben en Singapur, entonces lo que está en el centro del proceso formativo son los valores, las actitudes. Y es este fundamento, donde tiene sus raíces el pensamiento crítico, el que eché de menos en el libro de Patricio y creo que su ausencia se debe probablemente a que la reflexión sobre el sentido de la educación quedó al final del libro.

Entonces, creo que el gran desafío de nuestro sistema educativo es cómo inculcar y fomentar la curiosidad en nuestros niños y jóvenes, la capacidad de asombro, la actitud inquisitiva, llenarse de preguntas, para que a partir de ellas podamos desarrollar en ellos las habilidades cognitivas necesarias para satisfacer con el mayor rigor posible esa sed de conocimiento. No nos va a resultar inculcar el pensamiento crítico o la creatividad, si antes no hemos inculcado la curiosidad, que es condición de posibilidad para lo primero. Y para que esto ocurra necesitamos primero y fundamentalmente cambiar la forma en que estamos formando a nuestros profesores.

Ninguno de los dos textos aborda esta cuestión, que para la realidad chilena, me parece que es el principal desafío, a saber, la formación docente. Necesitamos docentes que tengan una comprensión profunda de lo que es el ser humano, que sean capaz de comprender sus temores y deseos, y que puedan usar a ambos para un desarrollo integral. ¿Pero cómo van nuestros profesores a enseñar pensamiento crítico, si ellos mismos no lo han desarrollado? ¿cómo van a inculcar curiosidad y capacidad de asombro, si ellos mismos muchas veces no son curiosos ni tienen

capacidad de asombro? ¿Cómo van a desarrollar autonomía en sus estudiantes, capacidad de reflexión, trabajo colaborativo, si las universidades no han desarrollado estas habilidades en sus estudiantes de pedagogía? El desafío es enorme, y me atrevo a decir que todavía no hemos empezado siquiera a enfrentarlo. Este desafío debe ir de la mano con el desarrollo de materiales pedagógicos adecuados. Nuestras bases curriculares incorporan las habilidades del siglo XXI, pero estas son prácticamente imposible de desarrollar a partir de los programas que entrega el Ministerio de Educación y los textos escolares que se encuentran en el mercado.

En mi reciente visita a Singapur pregunté por las dos principales características que debe tener un docente: me respondieron que un buen docente es un gran observador. Un profesor no puede ayudar a un niño a desarrollarse si no lo ve primero, si no tiene la capacidad de observar quién es ese niño, cuáles son sus dificultades tanto emocionales, sociales como cognitivas, si no atiende a cómo responde ante los desafíos, si no advierte cuáles son sus fortalezas y debilidades. La segunda característica es la capacidad de reflexión. Los estudiantes de pregrado están cuatro años reflexionando diariamente sobre lo que ellos hacen, pues la autoreflexión es lo que permite aprender de forma autónoma a lo largo de la vida, pero por sobre todo permite que los profesores puedan también enseñar la autoreflexión a los estudiantes, que es parte constitutiva del pensamiento crítico.